



QR-Code *Boletín Bibliográfico Electrónico*.

**Año 2. Número 5, marzo 2010**

**ISSN 1851-7099**

**5**

**Boletín Bibliográfico Electrónico**

**del Programa Buenos Aires de Historia Política**



**PROGRAMA  
BUENOS AIRES  
DE HISTORIA POLÍTICA  
DEL SIGLO XX**

**Boletín Bibliográfico Electrónico**

*<http://historiapolitica.com/boletin/>  
boletin@historiapolitica.com*

publicación semestral del **Programa Buenos Aires**

ISSN 1851-7099

Domicilio del *Boletín*:  
Facultad de Humanidades - UNMdP  
Funes 3350  
7600 Mar del Plata, Pcia. Buenos Aires  
Argentina.

Staff

**Directora**

Marcela Ferrari

**Secretaria**

Mariana Pozzoni

**Equipo Editorial**

Sabrina Ajmechet  
Lucía Bracamonte  
Juan Luis Carnagui  
Juan Luis Martirén  
Ana Virginia Persello  
Ana Leonor Romero  
Nicolás Silliti  
María Inés Tato.

**Edición digital**

Nicolás Quiroga

## INDICE

## Dossier

Sobre *El estado burocrático autoritario, 1966-1973. Triunfos, derrotas y crisis*, de Guillermo O'Donnell.

Edición y presentación: Luis Alberto Romero (UBA – CONICET – UNSAM)

*Una de las mejores explicaciones de la historia política*, por Julio Melon Pirro (UNMDP- UNICEN)

*Ir más allá de O'Donnell*, por Daniel Mazzei (UBA)

*Entre la ciencia política y la historia, entre los actores y las estructuras*, por María Mercedes Prol (UNR)

*Un breve comentario a M.M. Prol, D. Mazzei y J. Melon Pirro*, por Guillermo O'Donnell (UNSAM)

*Epílogo a la nueva edición de El estado burocrático autoritario*, por Guillermo O'Donnell

## Reseñas

Adamovsky, Ezequiel, *Historia de la clase media argentina: apogeo y decadencia de una ilusión, 1919-200*. Buenos Aires, Planeta, 2009. Por Mónica Bartolucci (UNMDP)

Amado, Ana, *La imagen Justa. Cine argentino y política (1980-2007)*. Buenos Aires, Colihue, 2009. Por Pedro Sorrentino (UNC)

Bartolucci, Mónica, *Pequeños grandes señores. Italianos y estrategias de ascenso social, Mar del Plata, 1910- 1930*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Yolanda de Paz Trueba (UNICEN)

Barry, Carolina, *Evita capitana. El partido peronista femenino, 1949-1955*. Caseros, Eduntref, 2009. Por Leandro Lichtmajer (ISES – CONICET - UNT).

Bataillon, Gilles, *Génesis de las guerras intestinas en América central (1960-1983)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2008. Por Germán Friedmann (UBA – UNSAM - CONICET)

Belini, Claudio, *La industria peronista*. Buenos Aires, Edhasa, 2009. Por Silvia Badoza (UBA)

Bertoni, Lilia Ana y Luciano de Privitellio (comps.), *Conflictos en Democracia. La vida política argentina entre dos siglos*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por Matías Bisso (UNLP – UNSAM)

Buchbinder, Pablo, *¿Revolución en los claustros? La Reforma Universitaria de 1918*. Buenos Aires, Sudamericana, 2008. Por Juan Manuel Romero (UBA).

Bustamante, Javiera y Stephan Ruderer, *Patio 29. Tras la cruz de fierro*. Con fotografías de Mara Daruich. Santiago, Ocho Libros Editores, 2009. Por Emilio Crenzel (CONICET – UBA).

Casullo, Nicolás, *Peronismo. Militancia y crítica (1973-2008)*. Buenos Aires, Colihue, 2008. Por Martina Garategaray (CONICET- UNQ)

Cattaruzza, Alejandro, *Historia de la Argentina, 1916- 1955*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por Romina Orlando (UBA-FLACSO)

Chatterjee, Partha, *La Nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2008. Por Silvia T. Alvarez (UNS).

Cheresky, Isidoro (comp.), *Las urnas y la desconfianza ciudadana en la democracia argentina*. Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2009. Por Facundo Salles Kobilanski (UBA - IIGG).

Domingues, José Mauricio, *La modernidad contemporánea en América Latina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por María de las Nieves Agesta (UNS).

Feierstein, Daniel, *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. FCE, 2007 (reimpresión 2008). Por Cintia González Leegstra (CISH, UNLP – CONICET).

Feld, Claudia y Stites Mor, Jessica (coords.), *El pasado que miramos. Memoria e imagen ante la historia reciente*. Buenos Aires, Paidós, 2009. Por Andrea Torricella (CONICET- UNMDP).

Félix Ovejero, Lucas, *Incluso un pueblo de demonios: democracia, liberalismo, republicanism*. Buenos, Katz editores, 2009. Por Laura Cucchi (UBA-CONICET).

Fernández, Ana María y colaboradores, *Política y subjetividad. Asambleas barriales y fábricas recuperadas*. Buenos Aires, Biblos, 2008. Por Fernando Vissani (UNMdP).

Finocchio, Silvia, *La escuela en la historia argentina*. Buenos Aires, Edhasa, 2009. Por Laura Cristina del Valle (UNS).

Georgieff, Guillermina, *Nación y revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Roberto Luis Tortorella (CONICET – UNMdP).

Gutman, Amy, *La identidad en democracia*. Buenos Aires, Katz editores, 2008. Por Ana Leonor Romero (Instituto Ravignani, UBA - CONICET).

Hora, Roy, *Los estancieros contra el Estado. La Liga Agraria y la formación del ruralismo político en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por Juan Luis Martirén (CONICET – FLACSO- UNICEN).

LaCapra, Dominick, *Historia y memoria después de Auschwitz*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Santiago Cueto Rúa (CISH, UNLP - CONICET)

Licht, Silvia, *Agustín Tosco, 1930-1975. Sindicalismo clasista, socialismo y peronismo revolucionario*. Buenos Aires, Biblos, 2009. Por Ana Elisa Arriaga (UNC- CONICET)

Lida, Miranda y Mauro, Diego (coord.), *Catolicismo y sociedad de masas en Argentina: 1900- 1950*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2009. Por José Zanca (UdeSA – CONICET)

Melon Pirro, Julio César, *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por José Marilése (UNS - CONICET)

Mudrovcic, María Inés (ed.), *Pasados en conflicto. Representación, mito y memoria*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Silvina Jensen (UNS - CONICET)

Otero, Hernán, *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009. Por María Inés Tato (CONICET – PEHESA, Instituto Ravignani, UBA).

Philp, Marta, *Memoria y política en la Historia Argentina reciente. Una mirada desde Córdoba*. Córdoba, UNC, 2009. Por Leandro Inchauspe (UNC).

Rapoport, Mario y Spiguel, Claudio, *Relaciones tumultuosas. Estados Unidos y el primer peronismo*. Buenos Aires, EMECE, 2009. Por Claudio Panella (UNLP).

Rein, Raanan, Carolina Barry, Omar Acha y Nicolás Quiroga, *Los estudios sobre el primer peronismo. Aproximaciones desde el siglo XXI*. La Plata, Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires “Dr. Ricardo Levene”, 2009. Por Lucía Santos Lepera (ISES - CONICET)

Sader, Emir, *El Nuevo Topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2009. Por Pablo Pérez Branda (CONICET – UNMdP)

Stawski, Martín Esteban, *Asistencia social y buenos negocios. Política de la fundación Eva Perón. 1948-1955*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2009. Por Juan Cruz Fernández (UNS).

Svampa, Maristella y Pablo Stefanoni (comps.), *Bolivia. memoria, insurgencia y movimientos sociales*. Buenos Aires, El Colectivo- CLACSO Libros, 2007. Por Candela De Luca (CONICET).

Traverso, Enzo, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Nicolás Sillitti (UBA).

Weitz, Eric, *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*. Madrid, Turner Noema, 2009. Por Juan Luis Carnagui (CONICET – CISH, UNLP).

Zanatta, Loris, *Breve historia del peronismo clásico*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009. Por María del Mar Solís Carnicer (IIGHI, CONICET - UNNE).

### Reseñas críticas y comentarios

Badaró, Máximo, *Militares o ciudadanos. La formación de los oficiales del Ejército Argentino*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Germán Soprano (CONICET- UNQ- UNLP)

Figes, Orlando, *Los que susurran*. Buenos Aires, Edhasa, 2009. Por Elisa Pastoriza (UNMdP).

Gallo, Ezequiel, *Vida, Libertad, Propiedad. Reflexiones sobre el liberalismo clásico y la historia*. Buenos Aires, EDUNTREF, 2008. Por Eduardo Zimmermann (UDES).

## Presentaciones de libros

Bohoslavsky, Ernesto, *El Complot Patagónico. Nacionalismo, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile (Siglos XIX y XX)*. Buenos Aires, Prometeo, 2009. Por Andrés Bisso (UNLP – CONICET)

Lobato, Mirta, *La prensa obrera*. Buenos Aires, Edhasa, 2009. Por Sylvia Saítta (UBA - CONICET)

## Comentario de libros relacionados

“El exilio político de los '70: entre el ‘olvido’ y la visibilidad como fenómeno colectivo”. Por Mariana Pozzoni (CONICET-UNMdP).

## Reflexiones

“La historia frente a los tiempos de la dispersión”, por Antonio Annino (Universidad de Florencia).

## Entrevista

“La ciencia política y la sociología en diálogo con la historia. Entrevista a Marcos Novaro”. Por Fernando M. Suárez (UNMdP).

## Presentación de colección documental

Comisión Provincial por la Memoria, Área Centro de Documentación y Archivo: Colección 7, *Universidad Nacional del Sur (1957-1975)*, 2009. Por Patricia A. Orbe (UNS – CONICET).

## NORMAS PARA EL ENVÍO DE MATERIALES

El *Boletín bibliográfico electrónico* del Programa Buenos Aires de Historia Política es una publicación de periodicidad semestral dedicada a la difusión de los avances de historia política referida –especial mas no exclusivamente- al período comprendido entre fines del siglo XIX y la actualidad.

El comité editorial espera y alienta la participación de investigadores en distintas instancias de formación, para que colaboren con él a través de contribuciones que integran distintas secciones del *Boletín*, sujetas a referato. Abre la posibilidad de enviar contribuciones para dos de ellas: reseñas y resúmenes de tesis de postgrado. Las reseñas son textos de hasta 700 palabras y los resúmenes de tesis, de hasta 1400.

Recibe, además, propuestas para participar con comentarios críticos, entrevistas o textos destinados a algunas de las otras secciones, las cuales quedarán a consideración del Comité Editorial.

Los documentos se enviarán por correo electrónico exclusivamente, en formato RTF o “.doc” (Word), a [boletin@historiapolitica.com](mailto:boletin@historiapolitica.com).

Las notas sólo se incluirán en los estados de la cuestión, las entrevistas y en artículos historiográficos. No se admiten en el resto de las secciones. Serán automáticas, con cifras árabes y siempre ubicadas a pie de página. Los apellidos incluidos en las notas usarán mayúsculas sólo en la primera letra. El título de la obra se incluirá en cursiva y el pie de imprenta se organizará de la siguiente manera: editorial, fecha y lugar de edición.

Deberá mencionarse la adscripción institucional y el e-mail de los autores, a continuación del nombre.

# **PRESENTACIONES DE LIBROS**

ERNESTO BOHOSLAVSKY, *EL COMLOT PATAGÓNICO. NACIONALISMO, CONSPIRACIONISMO Y VIOLENCIA EN EL SUR DE ARGENTINA Y CHILE (SIGLOS XIX Y XX)*. BUENOS AIRES, PROMETEO, 2009, 276 PÁGINAS.

POR ANDRÉS BISSO  
(UNLP- CONICET)

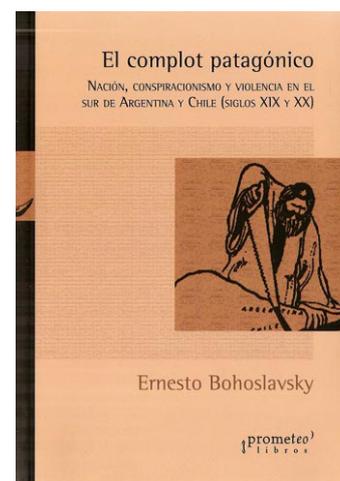
**Presentado en: Universidad Nacional de La Plata, 26 de noviembre de 2009.**

El libro que aquí presentamos se centra en la idea del complot. Idea atrayente en la política si las hay y que parece haber sido especialmente tentadora para los grupos nacionalistas de derecha, no sólo en nuestro país sino también en el vecino Chile, agrega Ernesto, y documenta en paralelo cómo una misma región puede ser entendida como caldo de cultivo de la invasión extranjera por dos países distintos. Antes de esta presentación, Germán Soprano ya se ha encargado de analizar lo provechoso de un análisis regional de este tipo, que no queda anclado en una única visión nacional. Nosotros, en cambio, nos concentraremos en la que consideramos otra perspectiva que nos parece también importante resaltar.

Nuestro interés particular en el libro, dentro de las muchas aristas interesantes que tiene, está dado por su análisis de las formas de construcción de la idea de “complot” como mito movilizador y promotor de ciertas políticas y determinadas ideologías. Está claro, como dice el autor, que lo que está en juego no es cuán “verdaderos” o “falsos” pueden haber sido los múltiples complots de dominio patagónico que se mentan en el libro sino las causas por las cuales cada uno fue en mayor o menor medida verosímil y por ende se demostró capaz de funcionar como un activador de la práctica política para determinados grupos en las sociedades donde circuló ese discurso. Incluso es más interesante aún cuando esto ocurre en ocasiones que rayan lo inverosímil, y la idea de complot logra igualmente cuajar en el marco de un estado de paranoia y excitación tal como cuando le permitió ser legitimada

como norte de acción (aunque no necesariamente “creída”) por parte de algunas de las mismas comunidades patagónicas. En especial me refiero al complot (descrito en el capítulo quinto del libro) que creyó detectar la demencia del teniente Paterson Toledo poco después del golpe de estado del 6 de septiembre, en el que se confundían proveedores de narcóticos, yrigoyenistas y antiyrigoyenistas en un mismo delirio conspiracionista, que aunque sólo parecía resultar claro para el mencionado teniente demente, fue incorporado a la realidad política por los habitantes de Neuquén, quienes sufrían o en algunos casos se aprovechaban de la escenificación política que se les planteaba. De paso, como ya para esa altura del libro nos muestra Ernesto, como la sal que comenzaría a acompañar toda definición de complot de conquista patagónica del lado argentino se agregaba la existencia de intereses chilenos dedicados a incentivar a los variopintos complotados (participación chilena que sin embargo no se había mencionado durante los sucesos de la Patagonia trágica, sino durante su relectura historiográfica militar en los años sesenta.)

Retomando el capítulo sobre el complot narco-yrigoyenista, uno no puede dejar de pensar en un contemporáneo de esos hechos, Roberto Arlt, para comenzar a comprender ese proceso que a veces desarrolla la política de normalizar lo patológico. Y es por eso que Ernesto empieza su aporte con una cita de Piglia que dice “los paranoicos también tienen enemigos”. Pero a



menudo los enemigos centrales que se denuncian no son exactamente contra los que se lucha. Lo muestra bien Ernesto en el capítulo segundo, cuando encuentra que frente a la señalada amenaza peruana que ven los propietarios del sur chileno, se esconden los intentos, más concretos, de querer evitar dar respuesta a las demandas sindicales de la Federación Obrera de Magallanes. Es decir, muestra cómo puede darle sentido historiográfico puntual a esa frase de Piglia.

Porque Piglia también dice que “Arlt supo captar el centro paranoico de esta sociedad” y así se cierra el círculo que podemos trazar. Pero como también dice Piglia, “no se puede establecer un registro de ruptura histórico-social y de un modo lineal trasladarlo al proceso de la literatura”. Ernesto logra en los diversos capítulos de este libro hacer que la frase inspiradora, pero también enigmática, de Piglia, tenga una utilidad historiográfica al situársela y desarrollársela en un contexto histórico específico.

Por eso es que estas ficciones políticas, por más “ficticias” que sean, son capaces —a través de la decisión de una persona, el teniente Paterson Toledo— de enviar gente a prisión, y no pueden ser saldadas rápidamente con lecturas lineales de la ficción literaria. Precisamente esto último es lo que evita Ernesto al rastrear puntillosamente el contexto social y político en el que estas ficciones del complot circulan y se hacen posibles. Y si bien existe un núcleo mítico particularmente poderoso sobre la Patagonia, que Ernesto eruditamente recorre en su capítulo primero y que es rastreable desde la idea de los gigantes del inefable Pigafetta en el siglo XVI, los discursos del complot son inescindibles de la época histórica particular que los hace verosímiles. Por eso es que en un momento de la historia de Chile, un complot “incaico” de control de la Patagonia resultaba más verosímil que la mención a la amenaza judeo-comunista como fuente de la disgregación nacional.

Y, en esa lógica de comprensión histórica, es curioso que la vida cotidiana juegue un papel tan importante. Si bien pareciera que la idea de complot pide que aquellos que se muestran como los denunciadore y luchadores del mismo se invistan de una tarea superadora, heroica y extramundana, cabe resaltar que casi siempre que se quiera presentar un complot *comme il faut*, debe haber rastros del mismo en la cotidianeidad que permitan que la desorbitada idea de que pronto vamos a ser conquistados pueda advertirse preventivamente en el supermercado, el cine o la escuela.

Es por eso interesante en ese sentido y como analiza Ernesto en el capítulo sexto, la prédica del Movimiento Nacional Socialista Chileno con respecto a la cotidianeidad. En ella los nacistas chilenos encuentran como forma de detección del complot que se cierne sobre la patria el hecho de la pérdida de influencia que estaba teniendo la cueca dentro de las preferencias de la juventud chilena a manos del jazz “y otras contorsiones epilépticas del baile de los negros”. Eso le parece a los seguidores del jefe nacista, González von Marées, una muestra (“irrefutable”, como son todas las pruebas para quienes están predestinados a comprobar algo en

lo que ya creen) de la “insidiosa” presencia judía (extraña aliada de los negros) en Chile.

Nosotros hemos encontrado algo similar en el otro extremo del continente, en una región que, como la Patagonia, parecía amenazada por el “desierto”, las distancias y el hielo. Estamos hablando de Quebec. Allí un grupo de francocanadienses que no tenían reparos en identificar sus preferencias ideológicas de manera tajante, al editar un periódico llamado *Le fasciste canadien*, eran capaces de unificar de la misma manera que nuestros hermanos fascistas trasandinos un complot a escala mundial con las compras del supermercado y la música de las *boîtes*. Es así como en 1937 el síntoma de la penetración judía en Quebec, para los editores de este diario, se volverá claro cuando al querer comprar una lata de porotos, se encuentren con que su *packaging* cuenta con inscripciones en yidish e inglés y no en francés. Acicateados por ese descubrimiento, harán otros igualmente decisivos a su intención de rastrear el complot en el día a día. Así, el líder del fascismo quebequense, Adrien Arcand, dirá: “Por todos lados, escuchamos a esta bella juventud occidental y cristiana que por distraerse, canta una música tan estúpida y salvaje que es imposible adaptarla a textos inteligentes. Durante horas enteras, se les escuchará gritar: ‘Da-dada-dada-dada...’ o incluso ‘boop-a-boop-a-boop-a-boop’. Hasta en la expresión de sus sentimientos están judaizados, como el mundo entero ha sido judaizado, materializado y bestializado”.

Debemos recordar que estas ideas sobre el poder políticamente subversivo de ciertos ritmos musicales no era sólo producto de las mentes fascistas. En Argentina, en ámbitos juveniles católicos de la ciudad de Avellaneda, se felicitaría al intendente platense, el ingeniero Numa Tapia, por ser el artífice de una resolución que prohibía el baile de la “conga” y del “bugi-bugi”. De esta manera, el presidente de la Junta Directiva de la Congregación Mariana de Jóvenes, José Ameli (h.), se congratulaba —junto al secretario y al Director Espiritual de la Congregación— de la medida dictada por el intendente, coincidiendo especialmente en la

idea de que “Los bailes modernos vienen de la taberna, de las orgías de la Revolución Francesa, y los más recientes son sacados de las tribus indias, últimos despojos de la antigua barbarie”. Resulta interesante, en ese sentido, advertir cómo incluso una disposición respecto de las “buenas costumbres” servía a ciertos militantes cristianos para execrar la tradición revolucionaria francesa y las formas de expresividad cultural indígena, a las que atribuían —con una increíble naturalidad— la paternidad sobre la “conga” y el “bugi-bugi”.

Como también sabemos, la idea de complot en la Patagonia no ha sido únicamente producida y difundida por los grupos nacionalistas de derecha. Los socialistas, nos recuerda Ernesto en el libro, también fueron al sur a ver si podían comprobar los planes de nazificación e invasión alemana en ese territorio. Cabe aclarar que al igual que cuando intentaban comprobar lo mismo en Misiones, sin dejar de continuar su prédica alarmista, volvían espantados más que por la posible invasión teutona por la mísera condición de las poblaciones territorianas (algo similar le pasaría a algunos nacionalistas).

Pero, aunque como vimos, ideas similares de complot podían aparecer en la otra punta del arco americano o en el otro extremo del registro ideológico, lo que hace particularmente importante el trabajo de Ernesto es precisamente cómo esas ideas míticas sobre la Patagonia pueden ser analizadas en sus diferentes contextos, y cómo y por qué adoptan determinadas formas, haciéndose la idea de complot más o menos pasible de ser utilizada como arma ideológica, política y de movilización por diversos grupos políticos, entre ellos los nacionalistas, quienes, como también se demuestra en este libro, desarrollaron una teoría del complot que, aunque endeble para quienes la juzgaban desde fuera de ese ámbito y particularmente “increíble” para una visión actual, era sin embargo particularmente “sólida” para aquellos que habían “decidido” creer previamente en ella.

Mirta Lobato, *La prensa obrera*. Buenos Aires, Edhasa, 2009, 255 páginas. Presentado en Buenos Aires, el 4 de noviembre de 2009.

Por Sylvia Saítta  
(UBA- CONICET)

En primer lugar quiero agradecerle a Mirta Lobato que me haya convocado para esta presentación de su libro *La prensa obrera*, cuarto título de la colección “Temas de la Argentina” que dirige Juan Suriano en la editorial Edhasa. Menciono estos datos porque se trata entonces de un libro que se inscribe dentro de un proyecto de edición destinado a un público amplio que, me parece, sale a disputar su espacio a las divulgaciones de la historia que desde otros ámbitos, como el periodístico o el televisivo, se vienen dando en los últimos años. En este sentido, no está de más recordar que fue precisamente Mirta Lobato quien hace unos años, en un artículo firmado con Hilda Sabato y publicado en la revista *Ñ* a propósito del programa *Algo habrán hecho por la historia argentina* de Mario Pergolini y Felipe Pigna, planteó la pregunta sobre cómo se narra en Argentina la historia destinada a amplios sectores del público. En ese artículo, Lobato y Sabato sostenían, entre otras cosas, que en las versiones de la historia argentina destinadas a un público masivo, “los protagonistas son los grandes nombres: los buenos son los héroes o patriotas, que son virtuosos sin matices ni atenuantes a lo largo de todas sus vidas (con San Martín a la cabeza) y los malos son ‘los de siempre’ y se distinguen por ser enteramente corruptos y traidores”. Con ese punto de partida, Lobato y Sabato cuestionaban que en las narraciones históricas de divulgación, los hechos históricos se identificaran con las acciones de los hombres importantes, quienes se convierten en estas versiones de la historia en los que definen el destino argentino, mientras que el “pueblo” aparece siempre mencionado de manera

genérica, es uno y homogéneo, está del lado de los buenos y —esto me interesa subrayarlo— no es quien hace la historia sino quien la padece. Menciono todo esto porque creo que el libro de Mirta Lobato, *La prensa obrera*, que hoy presentamos, se inscribe en este debate en más de un sentido. En primer lugar, porque se trata de un libro destinado a un público ampliado que deja deliberadamente de lado la artillería retórica y argumentativa aprendida en la universidad para ofrecernos un relato ameno, que no es condescendiente con el lector y que no por eso es menos riguroso en términos historiográficos. Por el contrario, el libro logra conciliar dos mandatos que no son fáciles para los historiadores: el de construir un relato para todos los públicos y, al mismo tiempo, ofrecer hipótesis historiográficas novedosas y demostrarlas.

Y en segundo lugar, y esto me parece más importante que lo anterior, porque *La prensa obrera* coloca en su centro de indagación algunos de los modos en que los hombres y las mujeres comunes —y no los grandes nombres del panteón historiográfico— “hacen” la historia. Y para ello, Mirta Lobato “eleva” a tema y a objeto de la historia a un conjunto de publicaciones menores como los periódicos editados por los gremios y las comisiones de fábricas en las ciudades de Buenos Aires y Montevideo, en un período comprendido entre 1890 y 1958.

El desafío no era menor: ¿cómo leer y proponer hipótesis de lectura a partir de un material tan “pobre” en términos discursivos?, ¿cómo



sistematizar ese conjunto de páginas mal impresas y peor distribuidas, de tiradas irregulares, cuyos autores fueron, en la mayoría de los casos, anónimos obreros que ni siquiera pusieron su nombre por escrito? Creo que Mirta Lobato afronta ese desafío demostrando la principal hipótesis de su libro: que durante la primera mitad del siglo XX la prensa obrera fue una herramienta fundamental en la construcción de las identidades de los trabajadores en el Río de la Plata; que los trabajadores fueron los que fueron, entre otras cosas, porque leyeron lo que esta prensa tenía para decirles, y que, a diferencia de los diarios populares —también destinados a los trabajadores— era escrita por los mismos trabajadores. Lobato subraya muy bien este punto: se trató de un proyecto político, ideológico, cultural, cuyos promotores no perseguían ni un beneficio económico (más bien lo contrario: las dificultades económicas de su subsistencia eran casi un lugar común), ni

tampoco buscaban convertirse en periodistas. Lobato focaliza su mirada sobre el naciente mundo de los militantes-periodistas de finales de siglo XIX y comienzos del XX, porque fueron ellos los que hicieron posible la edición de esos diarios que se propusieron contribuir a la formación de una opinión pública proletaria, y sostiene que si bien ahora llamamos periodistas obreros a quienes editaban un periódico gremial, muchos de ellos rechazaban esta denominación porque —dice Lobato— “suponían que ellos [los periodistas] escribían por placer”. Se trató entonces de reafirmar que se tomaba la palabra, y por lo tanto que se escribía, en tanto trabajador de determinado oficio y no en tanto periodista. Y me parece que esta diferenciación es importante porque responde a dos cuestiones: en primer lugar, a que se trata de un momento en el que se está profesionalizando el trabajo del periodista y que, por lo tanto, asumirse como periodistas —en lugar de hacerlo como sastres, carpinteros o confiteros— era asumir un trabajo diferente al que se tenía; y, en segundo lugar, a subrayar que el que escribe y el que lee forman parte de un mismo “nosotros”, estrategia central en la construcción del diario como representante de los intereses de los trabajadores. De allí que, como describe Lobato, se construyeran redes de corresponsales y colaboradores que escribían al diario desde sus propios lugares de trabajo.

Escrita por trabajadores y destinada a los trabajadores, esta prensa gremial tenía una finalidad pedagógica (enseñar, educar, iluminar a los trabajadores), cuya función, dice Lobato, era terapéutica: eliminar de las mentes obreras las ideas morales, políticas y religiosas introducidas por las clases dominantes a través de los periódicos, la escuela o la iglesia.

Y esto es muy claro en las demandas por las denuncias de los abusos patronales, en el pedido de mejoras en las condiciones de trabajo y en la seguridad de talleres y fábricas, en las campañas por la reducción de la jornada, el descanso de un día a la semana, el trabajo nocturno. Mirta Lobato analiza las redes discursivas de estos periódicos y presta particular atención a las ilustraciones y fotografías que pusieron en circulación. En este sentido, el libro amplía notablemente el campo de análisis de los historiadores, que son —o eran— poco proclives a incorporar fuentes documentales no escritas como las ilustraciones, las viñetas, las fotografías, y que suelen dejar —o dejaban— el estudio de estos materiales a los historiadores del arte.

La incorporación de la imagen como fuente de estudio le otorga gran densidad al análisis de la prensa obrera porque, me parece a mí, aunque Mirta Lobato no lo diga en estos términos, es en el uso de la imagen donde estos diarios adquieren mayor eficacia tanto en los modos de representación de los espacios laborales como en su representación del mundo patronal. Mirando las ilustraciones que trae el libro y leyendo también las citas de los diarios que reproduce, me parece que el discurso escrito “atrasa” en sus modos de representación del mundo del trabajo pues apela a formas retóricas y figuraciones que provienen del folletín urbano del siglo XIX o de la poesía sentimental tardo-romántica y decadentista; las imágenes, en cambio, incorporan procedimientos formales que provienen tanto del periodismo moderno de comienzos de siglo como también de los afiches publicitarios, la historieta y la propaganda.

En este sentido, una de las preguntas que me hice cuando terminé de leer el libro fue si efectivamente el discurso de esta prensa obrera propuso valores alternativos, sobre todo en la cuestión moral y religiosa. Porque está claro que esta prensa obrera propone otros valores a la hora de pensar las condiciones laborales o los derechos de los trabajadores; no es tan claro a la hora de pensar la moral o el lugar de la mujer en la sociedad y, principalmente, en el mundo laboral. A partir del análisis, Lobato demuestra, por ejemplo, que

el lugar de la mujer y la visión sobre el trabajo femenino es el mismo que el que se encuentra, por ejemplo, en la prensa burguesa, de la que esta prensa obrera buscaba diferenciarse. La imagen que predomina es la de la “pobre obrerita” de Evaristo Carriego que en las ilustraciones aparece en esas figuras exhaustas y débiles, esclavas del trabajo y del patrón. Y cuando esto cambia —más allá de los cambios más específicos que se encuentran en la prensa comunista donde sí aparece otra imagen de mujer vinculada a las representaciones soviéticas de la nueva mujer en tiempos revolucionarios— es durante el peronismo, un cambio que, lejos de provenir de la cultura trabajadora, reproduce, otra vez, el discurso estatal sobre las mujeres.

Con respecto al discurso moral, sucede algo parecido. Lobato sostiene que el lenguaje simbólico dramático que la prensa toma de las religiones, en particular de la católica, se traduce en “una suerte de misticismo extendido que enfatizaba las cuestiones espirituales y el amor a los otros (los trabajadores, los explotados, los pobres, los humildes) y el rechazo a los poderosos, avaros, explotadores”. Las creencias religiosas nutrieron las ideas relacionadas con la conformación de un mundo moral y la esperanza de salvación a partir de la profunda transformación social. La denuncia de las condiciones de trabajo en fábricas y talleres fue presentada siempre como un descenso a los infiernos y para poder salir de él había que organizarse y combatir por un mundo mejor.

El uso de la imagen del infierno que

sigue



hacen los trabajadores para describir el mundo del trabajo es por lo menos inquietante y nos devuelve a la pregunta sobre los modos de apropiación de la cultura “alta” por parte de la cultura popular. Lobato dice: “La imagen se correspondía con la creada por Dante Alighieri en la *Divina Comedia* y, de hecho, algunos de sus versos constituyen los epígrafes seleccionados por los periodistas obreros. El infierno es una alegoría sobre el estado de las personas, pues a partir de los méritos o de su ausencia es que las ‘almas’ se hacen acreedoras de castigos y recompensas. (...) El ‘lastimoso espectáculo’ del infierno era producido en fábricas y talleres”. Si esto es así, si el modo en que los trabajadores se auto-representan en el mundo del trabajo es en el infierno dantesco, la pregunta que surge entonces es sobre el lugar del “pecado” y de la “culpa” de la clase trabajadora: ¿acaso los trabajadores están en el infierno porque “merecen” el infierno como acontece en el infierno de Dante? El uso de la imagen inquieta porque en su apropiación la culpa pasa de los patrones a los obreros y ratifica un orden moral que el mismo discurso de los diarios vendría a discutir.

Para terminar. Mientras leía el libro recordé una de las hipótesis de Peter Fritzsche en su libro *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, que sostiene que las ciudades modernas y los diarios de comienzos del siglo XX son formas nuevas, cuyo crecimiento es interdependiente. Fritzsche considera que el nuevo periodismo introduce a la ciudad como su tema privilegiado calibrando así a los lectores dentro de su ritmo, enseñándoles cómo moverse en las calles y entre las crecientes multitudes. Fritzsche demuestra de qué manera el periodismo moderno fue uno de los actores centrales en el diseño de nuevas pautas de ubicación y de desplazamiento a través de las cuales los lectores incorporaron experiencias y hábitos acordes al cambiante mapa urbano y aprendieron nuevas destrezas para moverse en un espacio que se modificaba permanentemente por la modernización edilicia, los nuevos medios de transporte, el aumento de la población. El periodismo, en la hipótesis de Fritzsche, funciona

como enciclopedia de la ciudad moderna porque es en el periodismo donde los lectores encontraron una guía para incorporar experiencias y hábitos acordes al cambiante mapa urbano.

Recordando esta lectura, entonces, creo que así como los nuevos lectores urbanos encontraron en el periodismo de comienzos del siglo XX una enciclopedia de la vida moderna, es en esta prensa obrera donde los trabajadores encontraron una enciclopedia propia, que supo otorgar sentidos a un mundo del trabajo que también se modificaba velozmente. Mirta Lobato demuestra cómo los artículos publicados, las ilustraciones, los temas y sus representaciones dieron forma a una cultura obrera más definida y de rasgos propios.

Y en este punto, y no obstante la centralidad que la prensa obrera tiene en el libro, *La prensa obrera* es bastante más que una historia de la prensa obrera, como su título lleva a presuponer. Yo creo que es un novedoso estudio sobre el mundo del trabajo abordado desde una perspectiva particular que es la de la prensa obrera. Creo entonces que es un estudio sobre el mundo del trabajo pero desde la mirada de los trabajadores y que, por lo tanto, Mirta Lobato vuelve a las que son sus preocupaciones centrales como historiadora —el mundo del trabajo, las mujeres trabajadoras, el trabajo en las fábricas— pero que esta vez lo hace desde la perspectiva de los mismos trabajadores. En ese corrimiento, en ese devolverles las palabras a los verdaderos protagonistas de su historia, Mirta Lobato nos propone entonces volver a pensar un tramo de la historia argentina pero incorporando otras voces: esas voces anónimas, esas voces “menores” y muchas veces contradictorias, de los trabajadores rioplatenses de la primera mitad del siglo XX.

